



CAPITULO V

El Loreto.

SIGUIENDO la carretera que va de Sevilla á Huelva y dejando muy atrás el triste pueblo que sirvió de cárcel á Hernán Cortés, después de haber conquistado grandes imperios; pasada ya la cuesta que da su nombre á Castilleja, se entra en una hermosa llanura poblada de verdes olivos y fructíferas viñas. En medio de ella, sobre elevada meseta, se levanta entre cipreses un magnífico convento, célebre por el trágico suceso de la noble dama que lo fundó, y más célebre todavía por los santos y hombres ilustres que en él moraron. Este convento es el *Loreto*, el cual debe su nombre á una imagen de la Virgen de este título, aparecida en aquellos contornos, después de la conquista.

Cuando la impía revolución del año *treinta y cinco*, entró á mano armada en los claustros, arrojando de ellos á sus indefensos moradores, los Padres del

Loreto se desparramaron por los pueblos comarcanos, donde eran amados entrañablemente. Allí, empleados en las funciones del santo ministerio, ejercieron la cura de almas y comunicaron á sus feligreses el amor y veneración que ellos profesaban á su antiguo monasterio. Nunca faltó en él algún padre que hiciera á la Virgen la guardia de honor, y cuidara de conservar los preciosos restos que perdonó el vandalismo de los liberales. Los demás venían de vez en cuando á visitar el santuario acompañados de sus parroquianos, en especial de aquellos jóvenes á quienes instruían en los rudimentos de la lengua latina, para poder estudiar después más fácilmente la carrera eclesiástica.

Por este medio vinieron á conocerse y relacionarse todas las familias buenas de los lugares circunvecinos, y el Loreto llegó á ser el punto céntrico, donde convergían en días determinados todos los aspirantes al sacerdocio. ¡Oh! ¡cuántos, rodeando la tumba del Padre Manolito, envidiábamos su virtud y referíamos los milagros que de él se contaban! ¡Cuántas horas pasé rezando en el estrecho aposento en que durmió San Diego de Alcalá, y en la celda que habitó San Francisco Solano, el Apóstol del Perú! ¡Cuántas veces paseé aquellos hermosos claustros al lado del

P. Miguelito, muerto en olor de santidad, y cuya memoria es bendita por las dos generaciones que le conocieron! ¡Cuántas gracias me concedió el cielo en aquel santo retiro por medio de sus antiguos moradores! Séame lícito consignarlo aquí en prueba del afecto que profesa mi corazón al Santuario de la Virgen del Loreto que guarda los más gratos recuerdos de mi infancia, mezclados con las cenizas del V. P. Miguel, cuyo último discípulo acaso acaso podré llamarme con propiedad.

En la época que vamos narrando, los antiguos padres del Loreto habían descendido al sepulcro y estaban reemplazados por otros hijos de San Francisco, que la impiedad francesa (una vez favorable á nuestra España) arrojó de su propio suelo. Aquellos religiosos destruidos de su patria es la única cosa buena que de Francia nos ha venido. En poder de ellos continuó siendo el convento punto de reunión para todas esas buenas almas que el mundo, motor impío, llama beatas.

Cuando Inés con su familia llegó al monasterio, vió que le habían precedido en la llegada otras muchas de los vecinos pueblos. Allí estaba Isabel de Villanueva, que fué después fervorosa capuchina; allí Rosita de Salteras, la que convirtió á su padre: allí Romana de

Olivares, cuyo pecho era un volcán de amor divino: allí Manolita de Albaida, la cantora de las glorias de María: allí Pepita de Umbrete, diestra en adoctrinar las niñas y en prepararlas para la primera comunión; allí Elisa de Saulúcar, célebre por su piedad con los pobres; allí Flora de Espartinas, que más tarde floreció por su virtud en Santa Inés de Sevilla; no faltaron Paquita la de Pilas, ni Teresa la de Cala; y por no estar allí Amparo de Valverde y su amiguita Trini, no vió aquel día á sus pies la Virgen de Loreto á las dos jóvenes más virtuosas y bellas de toda la comarca.

Todas ellas poseían grandes virtudes mezcladas de pequeños defectos, defectos que el mundo malvado sacaba á relucir para desprestigiar la virtud. El mundo, demasiado complaciente con las que siguen sus torcidas sendas, se mostraba intolerante con ellas; como se muestra siempre con toda persona verdaderamente devota. Porque ellas despreciaban á los hombres, éstos les exigían que fueran ángeles del cielo; y porque aspiraban á la perfección cristiana, el mundo no podía tolerarles ni perdonarles ningún defecto, ¡como si los defectos fueran inseparables de la mísera condición humana! Ni la piadosa Inés, con ser la que era, pudo escapar libre

de la mordacidad del mundo; pero ella se gozaba en su desprecio, recordando aquella sentencia de Jesucristo: No ha de ser el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su Señor: si á mí me despreciaron, no habéis de extrañar que hagan otro tanto con vosotros.

Grandes cosas que consultar debió Inés de llevar al Loreto, porque en los días que estuvo en él pasó largos ratos en el confesonario, del cual salía siempre diciendo entre dientes: "Dios llevará á cabo la obra que ha comenzado en mi corazón: El lo quiere, y será; pero yo debo procurarlo, insistiendo con mi padre, hasta conseguir su permiso." Estas palabras se referían seguramente al asunto de su vocación, pues no era otro el que ella consultaba con tanta escrupulosidad.

La familia de Agustín estuvo hospedada en casa de Flora, durante los días de jubileo, y la tierna Inés aprovechó aquellos días para desahogarse con su amiga del alma, como ella la llamaba. Flora, que participaba de los mismos sentimientos y de los mismos deseos que Inés, se compadeció mucho de ésta y le ofreció trabajar por su causa. Para hacerlo mejor, convinieron en que Flora, si su madre se lo permitía, se iría con la familia de Inés á la quinta á pasar una temporadita; y una vez allí, las

dos unirían sus esfuerzos, á ver si podían vencer la resistencia de aquel padre, que no quería conceder á su hija el logro de sus santos deseos.

Ningún trabajo costó á Inés alcanzar de la madre de Flora, que ésta se fuera en compañía suya, en lo cual vino también muy gustosa Doña Fernanda, que apreciaba en extremo á la de Espartinas.

El viaje quedó aplazado para la mañana siguiente muy de madrugada, á fin de que los calores caniculares de aquellos días no cogieran á la familia en el camino. Todavía la aurora no había comenzado á blanquear el oriente, cuando Inés y Flora, después de haber ofrecido á Dios las obras del día, y de haber hecho juntas su oración despertaron á la familia. Entretanto que ésta se arreglaba, el criado Paladín preparaba el coche: sacude el polvo de los asientos, lava las ruedas enlodadas, coloca sobre el tiro las flexibles correas, y termina su operación con un agudo silbido. Calderón, diestro domador de caballos, trae de seguida dos hermosas yeguas blancas compradas en Jerez, cubiertas ya con sus arreos para ser uncidas al coche. Prudencia, harta ya de días, y muy experimentada en materia de viajes, dispuso en una cesta sabrosas tortas de mazapán y una botella de ese

vino generoso que alegra el corazón del hombre, y con ella se colocó en el primer asiento. Poco á poco se fueron acomodando los demás; y cuando Agustín, montado en su brioso corcel, hace la señal de marchar, Paladín empuña las riendas y cruje en el aire el látigo sonoro, se santigua Doña Fernanda, y el vehículo se pone en movimiento. Mientras la familia de Flora despedían á sus huéspedes, agitando en el aire sus blancos pañuelos, las yeguas se lanzan á la carrera con tal velocidad, que apenas las ruedas trazan ligera huella sobre la tierra movediza de la carretera. El coche levanta á su paso una pequeña ráfaga de polvo que, oprimida por el rocío del alba, apenas se elevaba sobre los montones de piedra del camino semejando á la espumosa estela que deja un barco cuando corta las tranquilas aguas del Océano.

Cuando el sol comenzó á remontarse en el cielo, ya tenían nuestros viajeros andado gran parte de su camino; habían dejado atrás la hermosa llanura á que dió su nombre aquel modelo de caballeros cristianos, Tablante de Ricomonte, y estaban cerca de los tres pinos, bajo cuya sombra juraron los hijos de Sanlúcar, victoriosos de los franceses, visitar en peregrinación todos los años á la Virgen del Rocío.

A la hora en que el pastor diligente conducía su rebaño amodorrado á sentear bajo la copa de seculares encinas, paró el coche á la puerta de la quinta. La familia, molestada del viaje, baja á tomar descanso: Paladín quita á las yeguas los bridones llenos de espuma: limpia cuidadoso el lomo de los animales cubierto de menudo polvo, y les pone delante una espuerta de cebada. Inés, en tanto, entretiene á Flora enseñándole los adornos de su capilla, hasta que una criada viene á decirles que ya está el tocador preparado, y pueden pasar á mudar el traje de camino. Allí mismo idearon las dos amigas el plan de campaña que habían de seguir para conquistarse la voluntad de Agustín, y en un momento favorable dar el asalto; pero antes se encomendaron muy de veras á Santa Rita, abogada de imposibles, y al patriarca San José, que es fama favorece á las almas que desean consagrar á Dios el lirio immaculado de la pureza.



CAPITULO VI

Que explica cómo se dió el asalto y se ganó con él un poco de terreno, que luego se perdió otra vez.

LOS ejercicios de Inés y Flora, durante la mansión de esta última en la quinta, fueron muy parecidos á los que se cuentan de Virginia y Rosalía, cuando estaban más fervorosas. Se levantaban temprano, hacían juntas su oración, iban á misa y comulgaban juntas, y juntas hacían la lectura espiritual y se paseaban por la huerta, cuando el sol se inclinaba al ocaso y había refrescado.

La primera vez que bajaron á ella, se encontraron por casualidad con Prudencia, la criada de más confianza, y con ella tuvo Inés esta conversación interesante.

—Prudencia, tengo que confiarle á usted un secreto, y pedirle un favor.

—Señorita, V. sabe que puede mandarme.

—No, mandarla, no; el servicio que espero de usted debe ser muy espontáneo.

—Siempre he servido á V. con mucho gusto.

—Pues, Flora y yo hemos trazado un plan de campaña, y necesitamos que V. nos ayude.

—Señorita, incondicionalmente.

—¡Bien! Sabe V., Prudencia, los grandes deseos que tengo de consagrarme á Dios en la soledad del claustro, lo mismo que mi amiga Flora; el único obstáculo que encuentro es el consentimiento de mi padre; y como sin él no puedo hacer nada, es preciso que me ayude usted con su prudencia á conseguir el permiso deseado.

—¡Por Dios, Inés! usted, la alegría de esta casa, el consuelo de sus padres, la esperanza de su familia, ¿usted meterse monja? Perdone usted señorita; pero á eso no puedo yo ayudarla, porque sería infiel á mis amos.

—¡Prudencia! ¡Prudencia! ¿también usted? hay es la vez primera que la veo obrar en discrepancia con el nombre que lleva.

—¿Y qué quiere usted, señorita? yo no soy para eso; guardarle á usted el secreto, eso sí; pero hablar á su señor pa-

dre para que la deje ir á un convento, eso no. ¡Bonita iba á quedar la casa! ¡Cuánto lloriqueo y cuántos días de luto! Vamos, señorita, quiero á usted demasiado para trabajar en apartarla de mi lado.

—¡Válgame Dios! cuánto me cuesta ese cariño fundado en. . . Dios lo sabe. ¿Al menos guardará usted el secreto?

—Señorita, eso sí; ¡palabra!

—Ya ves Flora, le decía Inés á su amiga, así que despidió á la criada: ya ves, hija; el primer tiro ha sido errado.

—No importa, Inés; yo doblaré mis esfuerzos y haré sola lo que haríamos Prudencia y yo: no temas. Mira, allí viene tu papá con Fernandín; ahora mismo le voy á disparar la primera descarga á quema ropa, á ver lo que sale. A la ocasión la pintan calva, y yo no pierdo esta. Ven, ven por aquí; salgamos al encuentro.

Después de un saludomuy cortésano, Flora tomó en brazos al hermanito de Inés, y comenzó á decir: ¡qué niño tan hermoso! éste va á ser la honra de la familia. ¡Míralo qué lindo! tiene cara de canónigo. Fernandín, ¿tú qué quieres ser?

—Canónigo, canónigo, respondía el chiquitín.

—Sí; tu serás canónigo, Inés y yo monjas; y tu vendrás al convento á predicarnos un sermón.

—Sí, yo predicar y ustedes monjas.

—Pero tu papá no quiere, añadió Flora con la intención que puede suponerse.

—Sí, papá; yo canónigo; Inés y Flora monjas.

Agustín sonrió de mala gana, y haciendo una caricia á su hijo, añadió: Bueno, tú canónigo.

—Y nosotras monjas, repuso Flora que veía escapar por la tangente.

—Bueno, monjas—contestó Agustín en el mismo tono,—mientras que Flora sin dejarle continuar. se puso á ensartar este montón de sentencias. Hay padres en el mundo que jamás aciertan á comprender que sus hijos no deben ser para ellos, sino ellos para sus hijos, que es lo que Dios manda; que no se hacen los pájaros para el nido, sino el nido para los pájaros, y cuando éstos tienen alas lo deben abandonar. Así los hijos: están destinados por Dios á formar familia independiente de la familia paterna, sin que los padres se lo puedan impedir; pues si nosotras queremos formar parte de una familia celestial, unida con los estrechísimos y dulces lazos del espíritu, ¿por qué se nos ha de estorbar? Mire usted, Agustín: Inés ha de acabar por casarse ó hacerse religiosa, y en ambos casos ha de salir de casa, y separarse de usted; pues si ella cree ser

desgraciada en el matrimonio y dichosa en el claustro, al que se siente tan inclinada, ¿por qué se lo ha de impedir? ¿por qué no ha de contribuir usted á labrar la felicidad temporal y eterna de su hija?

—¡Yo! ¡yo! respondía Agustín entre-cortado—yo no se lo impido: me da pena que se vaya; pero si se empeña, marchad las dos al convento con una carretada de santos.

Flora soltó la carcajada en señal de triunfo; Inés sonrió con su habitual dulzura, y fué á pagarle á su padre el buen rato que acababa de darle, besándole la mano; y Agustín, que gozaba viendo gozar á su hija, la desvió de sí blandamente diciendo: ¡Hala! ¡Al convento! allí es donde deben estar encerradas las malas beatas como ustedes.

—Verá usted qué buenas somos desde hoy en adelante, contestaban las dos alejándose satisfechas de su victoria.

Fácilmente adivinará el lector lo que pasaría entre las dos amigas el resto de la tarde; los plácemes que se darían, y los proyectos que estarían ideando para el día de su triunfo definitivo. Sin embargo, Inés no las tenía todas consigo: aquella calma tan apacible le parecía á ella presagio de cercana tempestad; aquel día tan hermoso le trajo á la memoria esos días esplendorosos del oto-

ño, en que el cielo de puro despejado parece un manto azul, en que el sol brilla, produciendo un calor impropio de la estación, y que por lo propio pica, anunciando para el día siguiente espesas nieblas ó un cambio brusco de temperatura. Por desgracia el corazón de Inés era demasiado fiel, cuando le anunciaba contratiempos, y esta vez tampoco le engañó.

Pasó la noche inquieta, pensando en una celda que nunca había visto, y por la mañana muy temprano buscó pretexto para entrar en la habitación de su padre y ver de qué talante lo encontraba.

Agustín se había levantado malhumorado aquella mañana, y apenas la vió entrar le preguntó fríamente: ¿qué traes?

—Venía á ver cómo había pasado usted la noche y á darle gracias por lo de ayer.

—¡Véte de aquí, Inés! vete y no seas tonta—la interrumpió el padre medio indignado sin dejarla proseguir:—¡vete! que no te dejes ser monja, aunque me lo pidan frailes dezcalzos; y ni tú, ni Flora, ni nadie me vuelva á hablar más de eso.

Y tomando el sombrero que tenía sobre la mesa, arrugó el entrecejo y pasó por delante de su hija, que mudó en un momento todos los colores del arco iris.

A su rostro salió ese encarnado que unas veces es hijo del pudor santo y otras del dolor del alma; y á poco la pena lo troc6 en pálido, la esperanza en verde, y el desconsuelo en obscuro, como el fondo de una nube en días de truenos. Copiosa lluvia de lágrimas acudió á sus ojos; pero aquella lluvia no pudo serenar la atm6sfera en que la pobre Inés se ahogaba sin poder respirar.

¿Quién podría decir lo que sufrió el corazón de Inés, durante aquella mañana? Lloraba la pobrecilla con el mismo desconsuelo con que se llora la memoria de un bien perdido; con la misma pena con que llora un huérfano, cuando despierta de un sueño delicioso al rumor de los besos que su madre le daba, y al abrir los ojos á la luz, ve disiparse su ilusión, hallando por doquiera el negro luto y la desgarradora tristeza de que se ha vestido la casa con la muerte de su madre.

Mientras se limpiaba las lágrimas le ocurrió un pensamiento luminoso que vino á desterrar las tinieblas de su alma; ó mejor dicho, sintió en el fondo de su corazón como que le decían estas palabras del Evangelio, que había meditado la noche antes: Pedid y recibiréis, llamad y os abrirán, buscad y encontraréis. Aquella voz interior le causó tal consuelo en su alma, que llena de

valor y de una santa confianza empezó á recitar estos versos de Fray Luis de León en la traducción de los salmos:

Yo espero firmemente,
Señor, que me he de ver en algún día
A tus bienes presente,
En tierra de alegría,
De paz, de vida y dulce compañía.

.....
Guíame de continuo,
Señor, por el camino verdadero
Pues sólo á tí me inclino,
A tí solo yo quiero,
Y siempre en tí esperando persevero.

Y estos sentimientos del Salmista llevaron la serenidad á su semblante, pero dejando en él señales inequívocas de la tormenta pasada; así como se nota en la alterada superficie de los mares la furia de la tempestad que pasó trocando sobre sus movedizas ondas.





CAPITULO VII

Que refiere cómo volvió á ganarse hoy lo que ayer se perdió.

BIEN quiso Inés ocultar á su amiga el apurado lance en que se había visto, pero le fué imposible, porque Flora se lo conoció, y poco á poco la fué sonsacando, hasta que por fin averiguó la verdad del caso. Desde luego vió desconcertados sus planes, y caído por tierra el magnífico castillo que su imaginación levantó la tarde anterior; pero no se dió por vencida. Hablar con Agustín del asunto, no era prudente, porque esto sería descubrir á su amiga; en lo cual le haría muy poco favor: callarse como una muerta tampoco convenía, porque, además de ser una derrota completa, daba motivos para que sospechara Agustín lo que ella no quería. ¿Qué hacer, pues? Determinó de nuevo encomendarse á Santa Rita, abogada de

imposibles, y esperar confiadamente ocasión más oportuna.

Esta no se hizo esperar.

Agustín llegó al campo adonde fué á disipar su mal humor; y al ver en su era la inmensa parva que trillaban las yeguas, y la animación de los trabajadores, se le dispó de tal modo, que recobrada su calma habitual, se puso á tararear una seguidilla, según tenía de costumbre. Pasó contento en el campo toda la mañana, y no volvió á casa hasta la hora de comer. Durante la comida preguntó á Flora por su prima Emilia, y al oír este nombre, vió ella el cielo abierto, como suele decirse.

Era Emilia una joven que en sus buenos tiempos tuvo vocación religiosa, la cual abandonó por el necio empeño que pusieron sus padres en casarla con un comerciante de Sevilla que la había pretendido. Bien fuera porque no nació para casada, bien porque Dios quiso castigar su falta de correspondencia al llamamiento divino, el resultado fué que sufría mucho en su nuevo estado, que vivía con muchos disgustos, y que estaba pesarosa de haberse casado. Flora aprovechó la ocasión, y pintó con negros colores la situación de su prima, la vida tan triste que llevaba y la desesperación que le causaba tener que vivir siempre de aquel modo; y luego torciendo la con-

versación á su objeto, declaró á sus tíos culpables de todo, los hizo responsables ante Dios de la infelicidad de su prima, y execró la conducta de aquellos padres que imponen á sus hijos el yugo del matrimonio, especialmente si para ello les quitan la vocación religiosa. ¡Pobre primita!—decía—; cuánto la compadezco! A ella no le gustaba el novio; pero le gustaba á su padre, porque era rico, y tuvo que ceder. Emiliano quería al comerciante; pero lo quería su madre por ella, y la obligó á casarse. Le pintaron tan dulce la vida de familia, le ponderaron tanto la felicidad que su enlace traería á la casa, que al fin cayó en el anzuelo. Pero Dios ha castigado la crueldad de sus padres, haciéndolos más desgraciados que á Emilia. Desde que se casó ella, no viven en paz mis tíos.

La otra noche fuí á su casa (1) y estaban desconsolados y llorosos. Les pregunté la causa, y me dieron á leer una carta de mi prima en que se quejaba de su mala suerte; refería las amarguras que pasaba y echaba á sus padres la culpa de todo, por no haberla dejado entrar en el convento, cuando ella lo pretendió. Y la carta terminaba con esta tristísima exclamación:

(1) Histórico.

“¡Dios no os tome en cuenta la desdicha que habéis echado sobre vuestra hija! No parece sino que me dísteis la vida del cuerpo, para quitarme la del alma, haciéndome infeliz! Habéis preferido que fuera esclava del mundo, antes que esposa de Cristo y reina del cielo; y perdí mi reino.... y soy esclava... esclava con las duras cadenas que me labraron ustedes. Que Dios os perdone como os perdona vuestra desventurada....

EMILIA.”

Al leer yo la última palabra de la carta, me eché á llorar: mis tíos no podían contener la desesperación que bullía en sus pechos, y uno empezó á culpar al otro de la desgracia de Emilia. Ninguno quería ser el causante de la desdicha de su hija, y la verdad es que los dos lo fueron. Ella echa las cargas á él, y él á ella, y así andan siempre riñendo.

—Pues, para que á mí no me pase eso—exclamó doña Fernanda algún tanto conmovida—yo declaro terminantemente que no quiero causar la desgracia de mis hijos; si alguna quiere ser religiosa, por mí no quedará.

La relación de Flora había surtido efecto; Agustín miró á Inés, se acordó de lo ocurrido con ella por la mañana,

y como si temiera que su hija le diera las amargas quejas que Emilia á su padre, dijo á Flora:

—Yo tampoco apruebo la conducta de tus tíos; porque entre casar una hija á disgusto, ó meterla en un convento, hay un término medio: dejarla en el seno de la familia siendo el pimpollo de la casa.

—¡No! ¡no!—repuso Flora, que veía desvirtuado el efecto de la historia de Emilia—el mayor mal no fué casar á mi prima; el mayor mal fué impedirle ó quitarle la vocación. Porque si no se hubiera casado quizá le hubiera pasado como á Matilde Bermúdez. Ya sabe usted que murió en olor de santidad, porque era un ángel; en su muerte estuvimos Teresa la de Cala y yo, porque la queríamos mucho. Pues bien; desde que su padre le negó la entrada al convento empezó á desmejorar, como planta que deja de regarse, y á poco cogió la enfermedad de que murió. Un día en que su padre le hablaba delante de nosotras, le indicó la pena que tenía de verla padecer, y que daría no sé cuánto por verla buena. Si quiere usted verme sana, le contestó ella, haga voto de dejarme ser religiosa, y le prometo que la enfermedad se va; pero mire V., papá, que el voto ha de hacerlo antes del día de la Asunción de la Virgen; después no lo admitirá el Señor.

Ella debió saber esto por revelación divina, porque se cumplió á la letra.

El día quince hará un año, que el médico dijo terminantemente que Matilde se moría. Yo creí que su padre se volvía loco. Todo era ir y venir á la cama de su hija, mirándola azorado, hasta que ella, con amarga sonrisa, le dijo una vez contestando á sus preguntas: Sí, papá, me muero, porque no quiso usted dejarme ser esposa de Cristo en la tierra, el Esposo divino me llama al cielo, á celebrar las bodas en ausencia de mi padre. Colgado de la percha verá V. ya el traje que me adornaba, desierta la habitación donde he morado, y vacía esta cama donde voy á morir. Estos objetos serán tres acusadores permanentes que le estarán diciendo siempre al oído: ¡Aceleraste la muerte de tu hija! ¡Tu obstinación obligó al Señor á llamarla para sí á pesar tuyo!

Tales fueron las últimas palabras de Matilde; su padre cayó al suelo sin sentido antes que ella acabara de pronunciarlas, y no recobró el uso de sus facultades hasta después de veinticuatro horas. Cuando volvió en sí vió vacía la cama y desierto el aposento de Matilde; un féretro cubierto de raso blanco y colocado en medio de la sala contenía el cadáver de mi amiga, hermoso y sonriente cual si estuviera viva: una coro-

na de flores ornaba sus blancas sienes, y en su mano derecha empuñaba una palma cuajada de azucenas, símbolo de la virginidad. El padre se abalanzó á besar el rostro de Matilde, pero se detuvo de repente, porque le pareció que el velo que la cubría le rechazaba diciendo: aceleraste la muerte de tu hija; y cayó desplomado al suelo. Desde entonces anda atontado y gozando de poquisima salud. Esto es notorio en todo Umbrete.

Flora suspendió su relato y observó la impresión que había causado en sus oyentes. Doña Fernanda estaba emocionada, Inés pálida, Jacinto asombrado, y Agustín limpiándose una lágrima que involuntariamente acudió á sus ojos. Aquel féretro cubierto de flores, aquella habitación desierta, y aquel velo acusador le habían impresionado hondamente, y le habían hecho temer la misma suerte que al padre de Matilde. Flora, sin dar lugar á que se repusiera Agustín de la emoción que sentía, añadió:

Y lo que acabo de referir no es un hecho aislado: llenas están las vidas de los santos de episodios semejantes; y aun en mis pocos años he alcanzado otro parecido á éste. La experiencia enseña que Dios castiga duramente á los padres que apartan á sus hijos de la

vocación religiosa, ya con la muerte de unos, ya con la de otros, y á veces con mayores castigos. Feísima ingratitud y grande locura es negar á Dios lo que de derecho le pertenece, y lo que El nos puede quitar á pesar nuestro. Elige Dios á una joven para sí, y el padre se opone á que ésta sea toda de Dios; pues Dios se dará traza de cumplir sus designios, llevándosela al cielo, á pesar de su padre. . . .

Aquí la dulce Inés interrumpió á la sentenciosa Flora, diciendo: Papá, ¿cómo me quiere usted mejor, muerta ó monja?

Agustín no se atrevió á responder, estaba indeciso, porque en su corazón luchaba el amor de padre con el deber de cristiano; y queriendo salir de aquel aprieto, hizo lo que hacen todos los hombres de poca resolución: aplazar las cosas para más adelante. ¡Ya sabes—le dijo—que cuando seas mayor no te prohibiré seguir las inspiraciones de tu corazón, pero todavía!

—Y si Dios quisiera ahora, ¿por qué lo habíamos de dejar para luego? Es preciso fijar plazo, antes que Dios se lo fije á V. ¿Para cuándo me dejará entrar en el convento?

—Para el año que viene; y no hablemos más de esto.

Larguísimo pareció el plazo á Inés, y

corto á Doña Fernanda; pero al fin se hubo de aceptar, esperando mejor ocasión para introducir en él algunas variaciones. A quien no pareció ni largo ni corto fué á Agustín, que tomó el año por un tiempo indefinido, y así se levantó de la mesa, musitando como el otro de la fábula:

En diez años de plazo que tenemos, ¿El burro, el rey ó yo nos moriremos?

Y en efecto; él no tenía mucha fe en la vocación de su hija y creyó que cedería fácilmente el día que se viera festejada y pretendida por un joven que llenara las aspiraciones de la dama más exigente; y ese día que él descaba, lo veía, á su juicio, muy cerca. ¿Llegó, en efecto, ese día de tentación, y cayó en ella la pobre Inés? Espera, lector amado, y verás el fin de esta verídica historia.



CAPITULO VIII

El cual trata de lo que verá el curioso que lo lea.

AL llegar aquí es forzoso suspender nuestro relato, y retroceder algún tanto, para dar á conocer otros personajes que tienen íntima relación con Inés y sus propósitos. El principal de estos personajes cualquiera puede figurarse que fué el condesito de Valdellirios. La condesa, su madre, y Doña Fernanda eran amigas de toda la vida, y después que tomaron estado, tuvieron la buena suerte, según ellas decían, de vivir en una misma calle, á corta distancia una de otra.

La condesa se llamaba Isabel, y tuvo algunos puntos de semejanza con su gloriosa patrona la santa reina de Hungría. Quedó viuda siendo todavía joven, y su marido le dejó al morir dos hijos que fueron el encanto de toda su vida. Renunció con toda su alma las segundas nupcias, que se le presentaron muy ven-